

LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA



Cuadro Religioso

Es, Virgen de Begonia, osado atrevimiento el pretender bosquejar un cuadro de las bondades que, á manos llenas, derramáis hace muchos siglos desde el Santuario insigne, que os dignáis presidir; sé que los resplandores de vuestra gloria, inundando de suavísima luz al noble Señorío, que os invoca con fé sincera, llenan el ambiente de tintes tan delicadamente hermosos, que ni hay colores que los imiten, ni pluma que los describa: sé, también, Señora, ser imposible trasmitir al papel los sentimientos de entusiasta gratitud que vuestras gracias hacen germinar en los corazones, henchidos de favores inapreciables, ni el entusiasmo con que las multitudes os veneran, ni ese amor filial con que todos acuden á Vos, dispensadora de beneficios, consuelo de afligidos, refugio de desgraciados, amparo de la orfandad y Madre amorosa de cuantos se enorgullecen de ser y llamarse hijos vuestros.

Mas, á pesar de todo y de muchísimo más que callo, aún reconociéndome indigno de levantar la vista hácia Vos, no retrocedo en mi propósito, y quiero cantar vuestras mercedes con voz que, brotando del corazón, llegue á los labios impregnada de amor y de respeto. ¿Tendré, Virgen mía, confianza en vuestra indulgencia cuando, saltando por todas las consideraciones que me gritan, *quieto*, oso llegar hasta Vos y pedir os licencia para entonar os un himno de amor, con frase balbuciente y de entrañable afecto? ¡Aurrerá, pues, adelante! que á quien Vos guiáis, ni tropieza en el escollo, ni teme le sepulte el remolino de la tempestad.

1

Ocultábase el sol, en hermosa tarde de verano, reflejando en las cumbres de las montañas y sobre las ondas, entonces tranquilas, del Cantábrico, con suavidad tal, que llevando al alma poéticos sentimientos, obligaba á levantar los ojos hácia el horizonte, tras el que el astro del día, semejando brillante globo de fuego, camina á alumbrar otras regiones.

Surcaba el mar esbelta y ligera trañera, avanzando veloz á tomar el puerto antes de obscurecer: sus remos cantaban al compás de uniformes golpes en el agua y el patrón, viejo marino, les anima y, señalando rumbo recto hácia la canal de la barra, pretende impulsar más y más á la lancha. Regresan contentos de la cala; la pesca es abundante, espléndido el día, allá en la próxima playa aguardan gozosos séres amados, cuyo sustento acaban de arrancar á las profundidades del Océano. ¡Encantador espectáculo ofrece esa barquilla, avanzando rápida, desapareciendo al movimiento de las olas, para surgir, siempre elegante y atrevida, cual reina soberana del inmenso mar!

De pronto, el viejo patrón se descubre respetuoso, hace la señal de la Cruz y murmura una oración: los valientes marineros secundan su acción y entonan á coro la Salve: las olas continúan en su regular ondulación; nada ha cambiado sobre la superficie del Océano, ¿por qué esos marinos vuelven sus rostros á tierra y cantan la preciosa súplica á la Virgen del Cielo? Allá lejos, en el fondo del horizonte, vislúmbrase, apenas, una cruz de hierro; saben que en aquel Santuario se venera á la Madre de Dios, y que esa purísima Señora, bajo la advocación de Be-gaña, es su protectora decidida, la que, invocada con fé, los ha sacado cien y cien veces de horribles peligros; que Ella aplaca la fúria del mar y jamás ha desoído los ruegos fervorosos de sus humildes hijos. Por eso la saludan con cánticos de amor; que, tras su ruda corteza, encierra tesoros de gratitud el corazón del marino, y así como piden su auxilio en las angustias de la tormenta, quieren ensalzar á su buena Madre en la hora de la placidez y de la bienandanza.

Llegó á la playa el rumor de aquel cántico, y la multitud, uniéndose á la plegaria de los marinos, patentiza que también su corazón agradece á la Reina del Cielo favores y mercedes, otorgadas con prodigalidad.

Sólo un hombre queda mudo en tan solemne instante: sorprendido por aquel grandioso acto, se siente tal vez conmovido ante la sencilla y bellísima manifestación de amor de aquellas gentes, pero seco su corazón, por falta de sávia de convicciones, ríe en su interior y se mofa de la superstición, así la cree, de aquel pueblo que expresa su gratitud en forma afectuosa. Hombre de mundo, despreocupado, empero prudente, guárdase de hacer alarde de su ironía; observa, mas calla, cuidadoso de no desentonar un cuadro que, después de todo, le atrae, como signo de los sentimientos de los pobres pescadores.

Gana la lancha el puerto: saltan á ella en tropel las mujeres y en breves momentos, y con algarabía sin igual, queda la pesca colocada en las cestas y las alegres y gentiles sardineras corren por las calles y caminos á vender su fresca mercancía, en tanto que sus deudos limpian la lancha, recogen redes y utensilios y se refugian en su honrado hogar, á descansar de todo un día de fatigas y trabajos.

En el pórtico del cercano templo se forman animados y variados grupos: discurren sobre asuntos del pueblo: ocúpanse otros de la azarosa industria marina, en tanto que los jóvenes se preocupan de proyectos de romerías y fiestas. Sentado en un banco, casi oculto por uno de los pilares ó machones del muro de la Iglesia, aquel caballero, para quien la religiosidad del pueblo era superstición, evocaba detalles de la escena y al enlazarla con la tranquila alegría que rebosaba en los grupos del pórtico, sentía levantarse en su corazón sombras y dudas, que le sumían en reflexiones: le atraía ese pueblo que ora, trabaja y se divierte honestamente y si pugnaban esos sentimientos con sus ideas, vislumbraba algo grande y respetuoso en la modesta vida de aquella pobre gente.

Su carácter investigador le impulsa á inquirir el fondo del corazón de ese pueblo y no sabiendo resistir la tentación de averiguar si aquellos cánticos religiosos salían del alma ó eran meras prácticas superficiales, dirígese resuelto hácia el grupo más cercano, en el que jóvenes marineros escuchaban de un anciano prudentes consejos sobre su vida de mar.

—Dispense V. mi curiosidad, D. José; dijo saludando afectuoso al anciano. ¿Por qué esta tarde al regresar las lanchas de la pesca, cantaban la Salve y el pueblo la entonó también? ¿Es una costumbre de todos los días ó la motiva algún suceso especial?

—Por su pregunta comprendo no es V. de este país, ni conoce sus

sentimientos. Esa salutación á la Virgen es más que costumbre; es el cumplimiento de un deber de gratitud, que este pueblo llena con todo el amor de su alma. Pregunte V., uno por uno, á cuantos viven cruzando el mar, á sus familias, á sus convecinos todos, por qué invocan respetuosos á la Madre de Dios, y unánimes exclamarán, porque es nuestra protectora y jamás acudimos á Ella en vano y este pueblo, noble en sus afectos, se complace en hacer gala de su gratitud.

Precisamente hoy es el aniversario de un día luctuoso y triste, en que yo recibí de la Virgen de Begoña un favor inolvidable. Os lo referiré y así estos jóvenes se afirmarán más y más en su devoción á esa Augusta Señora.

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO Y ZURICALDAY

(Se continuará)

LAS COLONIAS ESCOLARES EN BILBAO

Debido á las activas gestiones que ha practicado la Comisión especial para la organización de las Colonias escolares, éstas contarán desde el presente año con material propio, pues ha dado excelentes resultados la suscripción abierta entre las personas que se distinguen en nuestra villa por sus caritativos sentimientos.

Se consideró que 5.000 pesetas serían suficientes para la adquisición del material, y hoy cuenta esa Comisión con 4.880, entregadas por distinguidas personalidades.

Se ha ordenado la compra de camas, mantas y cuantos utensilios son necesarios para la instalación de las colonias cuando lleguen á los pueblos de destino.

Por sus activas gestiones merecen plácemes el presidente de la Junta local, la distinguida maestra de las escuelas municipales señorita Aguirrezabala y el jefe de los servicios sanitarios municipales señor Gorostiza, que son los encargados de este asunto.

La Comisión especial trata de adquirir 79 camas cuyo presupuesto se calcula en 2.203,50 pesetas; colchones y almohadas, valuados en 795; sábanas y fundas, en 1.820, y mantas en 289,50: total, 5.108 pesetas.

LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA



II

La Galerna

Formaron círculo los oyentes y tomando asiento el anciano, habló así:

—En mi vida de marino me He visto varias veces amagado de naufragar, ora en buques de vela, ya en esos grandiosos vapores, con los que he cruzado todos los mares del mundo. De niño ayudada á mis padres, tripulando como *mari-erdi* en una lancha pesquera y acostumbrándome así á la vida y los peligros del mar.

Al despuntar la aurora de un bellissimo día de verano y cuando los primeros rayos del sol deshacian la bruma, que durante la noche despide el mar, envolviendo los objetos, como para resguardarlos de indiscretas miradas, arrancaron del puerto las lanchas pescadoras, formando reducida escuadrilla. A pesar de mi corta edad, contemplaba arrobado desde la proa de la lancha, la marcha uniforme y acelerada que las imprimían los vigorosos remeros, que, con la precisión de un autómatas, bogaban, cantando alegres canciones.

Tranquilo el mar, como las aguas de un lago, resplandeciente el sol en un cielo azul purísimo, sin un soplo de viento que rozara aquella tersa superficie, corrían las lanchas, dejando tras sí plateada estela de espuma. Saltó, á la media hora, el fresco viento de tierra y dejando los remos, se largaron las velas y la escuadrilla avanzó con rapidez, cual bandada de blancas gaviotas, hasta llegar á las *calas* y echar los aparejos al mar en busca de la codiciada pesca. Gozaba yo viendo cruzar veloces

á las veleras trañeras y recoger en su carrera á los peces, que, apenas cazados, caían en el fondo de la lancha, donde yo me cuidaba de apilarlos: mostrábanse todos satisfechos de la jornada y, absortos en su faena, apenas se cuidaban de mirar el horizonte; mas de improviso se encapota el cielo, hierve el mar sordamente, tornando ese aspecto sombrío y amenazador, triste augurio de la tempestad; calan sus velas, recogen los aparejos de pesca y empuñan los remos, para huir velozmente del ciclón ó galerna que se aproxima. La tarde se pone tan oscura y horrible, que puede envidia la noche más espantosa: reman afanosos los marineros, en demanda del puerto, con esa angustia del que presiente una desgracia; avanzan y avanzan, pero la tempestad corre más que ellos: de pronto roló el viento al N. O. con violencia tanta, con furia tan espantosa, que parecía haber estado mucho tiempo cobrando fuerzas para hacer sentir á las débiles lanchas su enojo; sorprendidos por el vendabal hacíamos esfuerzos sobrehumanos, remando con empuje y vigor rabioso; las olas nos barren, sepultan y levantan á las nubes, pero bogábamos, luchando por la vida, hasta que una ola terrible, cual un gigante monstruoso, cogiéndonos de babor en uno de los movimientos de la lancha, la hace zozobrar, volcándola completamente y lanzando al agua a todos sus tripulantes, que felizmente pueden apoyarse en la lancha y unos subiéndose á la quilla y otros agarrados á sus bordes, contemplan con horror la soledad del mar, violentamente agitado, y ven ya su muerte próxima.

Niño yo y aturdido por el sacudimiento, fui lanzado lejos de la embarcación: nadaba, pedía socorro, gritaba con la desesperación del que se hunde, mas ¿cómo socorrerme? El que soltara la lancha perdía la sola esperanza de salvación, si es que alguna restaba y el instinto retenía á todos clavados en su sitio: comprendí estaba perdido sin remedio; mis padres, hermanos, amigos el pueblo todo pasó con vertiginosa celeridad por mi imaginación: desfallecían ya mis fuerzas, cuando, de pronto, el escapulario de la Virgen, agitado por el mar, me dá en el rostro: *Madre de Dios de Begoña salvadme*, exclamé con toda la energía del corazón, poseído de vivísima fê y cual si tuviera á mi presencia á la Reina de los Cielos; aquel grito de suprema angustia, sencilla invocación de un niño, debió llegar al trono de mi augusta protectora, interesando su compasión, porque en el instante mismo, una ola monstruosa, tremenda, me aproximó á la lancha, levantándome en su cumbre de modo que fuera visto de los tres hombres que estaban aferrados á su quilla.

Uno de ellos era el patrón, (a quien Dios tenga en su gloria por ese y otros muchos actos de cristiana abnegación), suelta la lancha, nada dos ó tres brazadas, me recoge y coloca sobre su cuello y vuelve á su puesto en la quilla. ¿Cómo lo hizo, cuánto tiempo empleó? Preguntádselo al Señor, que le inspiró y ayudó en tan heróico arrojó: no me he dado cuenta jamás de cómo pasó aquella sublime y rapidísima escena; sólo sé que de golpe me encontré agarrado al cuello de mi salvador y sobre la lancha.

—Eso es magnífico y consolador, no concibo tanta abnegación, interrumpió el forastero sin poderse contener.

—Esperad un poco, caballero, que aún apenas si estamos al principio de ese grandioso drama, desarrollado en el mar, en plena borrasca, sin testigos y en el que si la caridad admirable de ese hombre se ostentó espléndida, el poder y la protección de la Madre de Dios brilló con tal evidencia, que aleja hasta las sombras de la duda en los corazones que la rinden homenaje de su gratitud, por el amparo que se digna otorgarles. Continúo mi relato.

La volcada lancha, llevándonos encima marchaba al impulso de las olas, ya avanzando, ora retrocediendo, ya desapareciendo ante montañas de agua, que, al sepultarla, nos sumergía en el mar; ó respirábamos el aire enrarecido de la tormenta ó absorbíamos la salobre agua, sosteniéndonos con extremada dificultad en tan precaria posición; aquellos hombres sobre la quilla y yo agarrado al cuello del patrón: eso no se explica, se comprende y sólo el que ha pasado por su crisol es capaz de medir las angustias y el sufrimiento de tan horrible trance. Cada embate de las olas constituía un momento suprema; el que desfalleciera ó soltara la mano, perecía irremisiblemente: pasa así, no sé cuánto tiempo, quizás media hora, que fue de agonía para nosotros: el huracán nos impelia con rachas violentas, el mar nos cegaba con su espuma al estrellarse en la lancha; nada veíamos ni nadie podía vernos en aquel inmenso y desierto mar, terriblemente agitado: debíamos perecer, si Dios no enviaba pronto y eficaz auxilio, y el Señor lo mandó por medio providencial.

Arrollada por el duro temporal volaba no corría una lancha, y al hallarse como á una milla de nosotros, nos vió providencialmente: sin cuidarse del riesgo á que se exponía, maniobró con tal acierto, que pudo acercarse y arrojar algunas cuerdas, previniendo las cogiéramos: los dos marineros que con nosotros se hallaban se lanzaron al mar, tenien-

do la suerte de ser recogidos por la lancha que, en su veloz carrera y medio anegada ya, no pudo volver para intentar con nosotros lo que felizmente había realizado con los otros dos.

Desapreció aquella lancha, arrebatada por el huracán, y quedamos solos, abandonados y sin salvación humana posible, el patrón, aferrado á la lancha y yo sobre sus hombros: sollozaba, y el patrón me consolaba: flaqueaban mis fuerzas y me ayudaba á colocar en posición más segura, á la vez que ambos pedíamos, contritos, á la Virgen nos salvara de aquel peligro. Os aseguro que los momentos eran espantosos; representad si no la escena en vuestra imaginación: un hombre abrazado con un niño sobre los restos de una barquilla sumergida, azotada por el vendabal y á merced de impetuoso oleaje, es decir, la fuerza sosteniendo á la debilidad: la muerte cerniéndose sobre nosotros y sin poder cebarse en sus víctimas: el niño llora y el hombre le alienta: la debilidad desmaya y la fortaleza la sostiene, prodigándola pedazos de sí misma, hasta el punto de confundirse y de prestarse á sucumbir con ella. Cada vez que recuerdo aquella triste agonía, comprendo hasta dónde llega el ideal sublime de la caridad y de la abnegación, porque aquel hombre pudo salvarse con sus compañeros, con sólo abandonarme y prefirió morir defendiéndome, á dejarme entre las garras de la muerte. Ya comprenderéis cuánto veneré su santa memoria y si estas lágrimas, que no puedo reprimir, san testimonio de la gratitud de mi alma.

Continúo. Al desaparecer aquella lancha entre montes de agua y quedarnos solos, nos juzgábamos perdidos ya: pasó aún algún tiempo, y aparece otra lancha, que intenta acercarse á la nuestra: ¡vano empeño! lucha, y las olas se la llevan: renueva su empeño, virando decidida, y de nuevo el mar la hace retroceder, cual leve pluma: por tercera vez acomete la empresa y una ola gigantesca se la lleva á sotavento, al hallarse á pocos metros de distancia: sus esforzados remeros son ya impotentes para vencer tanta resistencia y las corrientes impetuosas se llevan aquel destello de salvación.

¡Otra vez solos y empieza á obscurecer! Lloro amargamente y el patrón me ordena rezar; ¡sublime Religión que así inspiras al hombre en momentos tan horribles! La Madre de Dios de Begoña había decidido nuestra salvación y ésta debía efectuarse.

Los tripulantes de aquella lancha, al comprender su impotencia, tienden la vista sobre la vasta extensión del mar, como buscando al

Señor para llamarlo en ayuda de aquellos infelices; y el Señor se dignó escuchar sus oraciones, presentando á barlovento otra lancha, á la que llaman la atención, con señales, sobre el grupo náufrago

No vacila en acudir al llamamiento: fijan su mirada en la lancha volcada: reparan en nosotros y con la energía que da el afán de una buena obra, enfilan su lancha hácia nosotros: retroceden varias veces, empujados por la violencia de las corrientes, mas renuevan sus esfuerzos y cada vez que se acercan nos animan con sus gritos á sostenernos firmes. ¡Virgen de Begoña, qué momentos aquellos! Tener el auxilio al alcance de la mano y al tender los brazos para cogernos, una ola se lleva los salvadores; pero no ceden, no; su tenacidad puede más que el temporal; acometen una y otra vez, hasta cinco; luchan así largo rato y cuando ya casi azotan sus fuerzas una ola hace chocar su lancha con la nuestra; y con la rapidez del pensamiento, robustos brazos logran asirnos y caemos en el fondo de su lancha, cual un solo cuerpo, ¡abrazados! pues el patrón, ni aún en aquella suprema hora me quiso abandonar!

—¡Bravo, D. José! He escuchado trémulo de emoción los detalles conmovedores de esa escena, que tantas veces me refirió el buen Domingo. Esa abnegación, esa caridad, sólo puede alimentarse en un corazón creyente, pues el mundo no tiene honores ni recompensas que premien tanto heroísmo; sólo en el Cielo puede esperar el galardón quien tan heroicamente se conduce, quien sufre y se sacrifica por sus semejantes sin más estímulo que el de la caridad. Tiene V. razón, ese hecho, como otros mil y mil, sólo se explica por la merced de la Virgen, que protege á quien la invoca con fé sincera y confianza en su misericordia

—¡Ah! Escuchábai, D. Blas, mi relato; lo celebro; atestigüad á este caballero si es verdad cuanto he dicho, pues conoceis el hecho en todos sus detalles.

—Tan exacta es vuestra relación, que me permitiré terminarla. Llegó, venciendo la fuerza del temporal, la lancha al puerto, y como las dos que intentaron su salvamento estaban ya aquí y sus tripulantes habían contado á la multitud sus esfuerzos, dando por perdidos á aquellos náufragos la alegría de verlos salvos fué inmensa; del puerto á la Iglesia, rezándose un rosario á la Santísima Virgen, en acción de gracias, por todo el pueblo, que se agolpa deseoso de rendir un tributo de gratitud á la que una vez más demostró ser la protectora augusta de los navegantes. Aquel valeroso y cristiano marino tan modesto como

buen creyente, atribuía á la Virgen su acto heróico, diciendo, cuando más, lo hice en cumplimiento de un deber de caridad con el joven *mari-erdi*: ¿qué padre, solía decir, rehusa obrar como yo viendo perecer á un niño?

—No sé qué admirar más: si el suceso de extraordinaria abnegación que acabo de oiros referir, ó la fé con que atribuíis vuestra salvación á intervención de la Virgen, dijo el forastero.

—Sea lo que fuere empiezo á comprender por qué vuestra raza goza fama de heróica y de creyente y á vislumbrar que el pueblo que así sabe vivir en el trabajo y se afirma en la religión, tiene cualidades excepcionales, dignas de todo respeto.

—Permitidme, interrumpió el señor cura, haga historia de esa milagrosa Imagen, para llevaros al convencimiento de que este pueblo la debe tanto acatamiento, como profunda gratitud. Seré breve, pues he de limitarme á extractar, en pocas palabras, el notable trabajo de uno de mis amigos. Y para que la escuchéis más cómodamente, sentaos, y también vosotros, dijo, dirigiéndose á los jóvenes marineros, que le rodeaban.

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO Y ZURICALDAY.



LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA



III

Alzase el Santuario de Begoña en una estribación de la colina de Artagan, dominando á la Villa de Bilbao y á los hermosos valles que la circundan; diríase que la Santísima Virgen quiso ser venerada en un sitio desde el que, pudiendo ser vista de largas distancias, presidiera á la opulenta villa, que asentada á sus piés, rinde así homenaje de sumisión en todos los momentos de su vida á la que se constituyó en su augusta Protectora. Aquella colina, á la que se asciende por suave escalera desde el centro de la villa, atrayendo las miradas de cuantos circulan por las vegas, que se extienden hasta el mar, semeja al faro luminoso que guía los conzones y nos mueve á recordar constantemente que allí se tributa justo culto á la que, siendo refugio de las almas, se complace en derramar sus dones á manos llenas, y apenas si uno sólo deja de descubrirse respetuoso y de entonar la Salve, esa preciosa deprecación con que saludamos é invocamos á la Reina del Cielo.

Como los bizcainos se cuidaron poco de transmitir á las generaciones los orígenes de sus seculares leyes, ni aún de anotar la historia de sus hechos, no puedo deciros cuándo y cómo se levantó el Santuario. Sólo consta que al fundarse Bilbao existía ya como Iglesia parroquial y que la Imágen de la Virgen, en aquella lejana época, era venerada por sus prodigios, y la visible protección que dispensaba á este Noble Solar des-

(1) Los datos de este capítulo están tomados del hermoso libro *Historia del Santuario é Imágen de nuestra Sra. de Begoña*, escrito por el ilustrado sacerdote D. Silverio de Echevarría.

de el que el padre Henao llamó *Sagrario del Señorío de Bizcaya*.

Tampoco se conoce con certeza si la Imágen apareció en una encina, como lo afirma la no contradicha y piadosa tradición de tantos siglos, ó si, venerada en alguna capilla, ermita ú oratorio de familia distinguida, fué trasladada al Santuario en que recibe culto. Si admitimos la tradición, una vez aparecida la milagrosa Imágen en una encina, trató el pueblo de levantarla apropiado Santuario, en lugar no muy distante, y estando reuniendo materiales para la obra, uno de los principales vecinos oyó que la Virgen decía *Bego-oña*, quieto el pié, significando deseaba se alzara allí mismo el templo, y que por modo misterioso se encontraron al siguiente día transportados todos los materiales á aquel punto. Sea lo que quiera de esta tradición, la Imágen parece ser del siglo octavo ó principios del noveno y el Santuario del décimo, no siendo de extrañar, que, dada la condición de aquellos tiempos, fuese, por causa de alguna guerra, escondida la Imágen en el encinar para salvarla de los ultrajes del enemigo.

En lo que no cabe duda es que hace nueve siglos los bizcainos veneran en esa Imágen la representación de la excelsa Madre de Dios, y que el Santuario es constantemente visitado por las generaciones que se suceden y que se complacen en ofrecerla ardiente testimonio de su fé y de su gratitud.

La santa Imágen es de notable escultura y parece hecha de madera de tilo. La Virgen está sentada sobre un taburete y tiene al Niño sobre el muslo izquierdo, apoyando una mano sobre su hombro, en la actitud que usan las madres cuando tienen á sus hijos en el regazo, reclinándolos hácia el seno materno. El rostro de la Virgen es graciosamente ovalado y con suave y ondulosa cabellera; los piés calzados, con zapatos puntiagudos, pero derechos, en línea horizontal; en el cuello tiene incrustado un dije, á manera de medalla. El Niño tiene la mano derecha en actitud de bendecir y la izquierda apoyada sobre su rodilla; los piés desnudos, sobre el regazo materno y entre las dos piernas de la Virgen.

—Escucháis como asombrados esta descripción, pues la Imágen del templo, os parece completamente distinta de mi relato: tenéis razón sobrada. Allá por los siglos XV ó XVI se introdujo la manía de vestir las imágenes de talla, regalando las señoras sus galas nupciales esta piedad que no sé si calificar de indiscreta, ha ocultado la escultura con telas costosas, alhajas y bordados, que si revelan cuánta es la gratitud de los

donantes hácia la Excelsa Señora, nos priva de contemplar la Imágen, tal cual la veneraron nuestros mayores, y como es ya imposible, ó poco menos, tornarla al estado del siglo IX, y la modificación no afecta á su venerable representación, consignemos el hecho y sigamos nuestro relato.

El primitivo templo se construyó, al parecer, en el siglo X, pero acreciendo la devoción á la Santa Imágen por los portentos que obraba, y ruinoso la Iglesia, se emprendió, al empezar el siglo XVI, la construcción del suntuoso Santuario actual, levantado con las limosnas de los devotos de la Virgen. El proyecto fué obra del arquitecto Sánchez Martínez de Arego y el maestro cantero Juan de Uriona, pero á causa de la escasez de recursos, se llevó con tal lentitud, que en 1588, dióse por concluida la capilla mayor con la nave central, la lateral izquierda y la fachada con la torre. Posteriormente ha ido completándose y embelleciendo ese hermoso Santuario, espacioso, de altas bóvedas, sostenidas por diez columnas simétricas, abundantes ventanales rasgados y uno circular en el coro: su estilo es el gótico, si bien adulterado en sus formas, pero resultando un conjunto grandioso y de excelente efecto. En estos momentos trátase de construir una nueva y esbelta torre, que embellecerá aún más al Santuario.

No me detendré en apreciar la cuantía y valor de los vestidos y alhajas destinadas al adorno de la Santa Imágen, porque si bien son demostración de la acendrada piedad de este pueblo, á nada conduciría conocer la mayor ó menor riqueza de esos objetos, que sólo han de apreciarse por lo que significan, no por lo que valen. Diré, no obstante, que también en este punto puede figurar el Santuario de Begoña entre los más favorecidos.

Y si me permitís un breve descanso, os mencionaré algunos de los prodigios y beneficio, que la Santísima Virgen ha dispensado en este Santuario y fuera de él á la invocación de su Augusto nombre y por mediación de su venerada Imágen.

Siendo esta la parte más interesante de mi relato, os ruego la escuchéis atentos, porque si siempre avivó la fé el recuerdo de los prodigios obrados por la Reina de los Cielos, en esta época conturbada, en que las creencias se apagan, si no mueren, en muchos corazones, es de gran oportunidad renovar el cuadro bellissimo de los favores alcanzados de la Virgen, porque quizás el deslumbrante brillo de las bondades divinas, copiosamente derramadas desde el Cielo, haga brotar en alguna alma

dormida el sentimiento de sus convicciones religiosas, y postrándose á los piés de esa augusta Señora, las redima del error, llevándolas por los senderos de la fé, que creyeron excluida de su corazón. ¡Cuántos oyeron indiferentes contar esos prodigios, calificándolos de absurdos ó de superstición estúpida, y viéndose amagados de la desgracia, recordaron esos favores, y sintiendo en su interior encenderse la luz de la verdad, cayeron de hinojos ante el Altar, suplicando rendidos aquello de que antes se mofaran! Dios guarda en su sabiduría ocultos resortes para llamar á si a los descreídos y no pasa día sin que se noten los efectos de la gracia en corazones que se juzgan perdidos.

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO Y ZURICALDAY.

"NERE ERRI MAITEA"



ZORTZIKO DE TRABADELO

Fatigado quizá de sus trabajos, A. de Trabadelo, parecía habiase retirado á un recóndito valle, á reparar las perdidas fuerzas, y á vivir, por ende, lejos del mundanal ruido, siguiendo la senda por donde han ido, los pocos sabios que en el mundo han sido. Mas, hoy en el terreno de la composición musical, le veo alzarse animoso y grande, en esferas y latitudes á que nunca alcanzan aquellos á quienes Dios no ha dotado de facultades especiales para el divino arte de la música.

Y es que Trabadelo además de hallarse adornado de ese *numen divinum*, conoce los buenos maestros, ha estudiado con perfección el arte, y ha conseguido asimilarse las grandes creaciones de las lumbreras modernas, circunstancias todas ellas muy precisas para brillar en el ramo que cultivaron Beethoven, Haydn y Mozart.

Al examinar las obras artístico-musicales que ha escrito Trabadelo, me he fijado en primer término en una genuinamente euskalduna, en

LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA



SU CORONACIÓN CANÓNICA

(8 Septiembre 1900)

Previa una solemnisima novena celebrada en el Santuario de aquel nombre, al que durante ella ha concurrido devotamente Bizcaya entera, el día 8 del corriente, en que la Iglesia conmemora la Natividad de Nuestra Señora, se verificó el indicado acto, que, por su hermosura y grandiosidad, será de imperecedero recuerdo para el país euskaldun.

Desde el amanecer comenzaron á llegar al mencionado Santuario infinidad de fieles.

El disparo de gran número de cohetes y el repique-general de Campanas anunció la celebración de las solemnes fiestas.

Comenzaron estas con la Misa de las cinco y en la de seis predicó en bascuence el capellán de Zumaya don Domingo Aguirre, que estuvo elocuentísimo.

A las siete y media dió comunión el señor obispo de Vitoria.

Los marineros y peregrinos de Ondárroa, que llegaron á Bilbao en lanchas boniteras, subieron al Santuario, muchos de ellos acompañados de sus mujeres.

Cantaron la marcha de San Ignacio.

Llevaban un precioso estandarte blanco y algunos lucian el elástico azul con la inscripción «Goizeko-Izarra», regalo del señor Sota al salvarlos de un naufragio.

Aunque el *sirimiri* (lluvia menuda) molestaba algo, se dijeron varias misas en los altares que se improvisaron en el atrio y en la campa frente á la entrada del palacio del señor Olano.

Se levantó también un púlpito, desde donde dirigieron la palabra á los fieles algunos señores sacerdotes.

La misa solemne comenzó á las nueve. El templo se hallaba totalmente lleno y en las puertas se aglomeró una inmensa muchedumbre que pugnaba por entrar.

La campa se hallaba también ocupada por completo, haciéndose imposible el tránsito.

En el templo ocupaban asiento preferente el general gobernador militar señor Aguirre Bengoa y el general Porras, de gala, los representantes en Córtes señores Landecho, marqués de Casa Torre y Vila-longa, la Diputación Provincial en corporación, presidida por el gobernador civil, y de la cual formaban parte los señores Aresti, Carranza, Zunzunegui, Cobreros, Allende, Veristain, Vallejo, Arma, Algorta, Urquizu, Cruceño y Arrola y el Ayuntamiento de Begoña presidido por el alcalde don Cárlos Orúe y el delegado de Hacienda señor Lagunilla. El señor Galvan vestía de uniforme.

Al llegar la Diputación fué recibida con grandes aplausos.

El clero parroquial entregó á cada uno de los diputados medallas conmemorativas de la Coronación.

Antes de comenzar la solemne misa, el P. Menan leyó la Bula Pontificia autorizando la coronación canónica por Leon XIII y nombrando para llevarla á cabo al Obispo de la diócesis, señor Fernández Piérola.

Este bendijo la corona, y después ofició de Pontifical, ayudado por los Padres Pasionistas de Deusto.

En el presbiterio tomaron asiento el arzobispo de Búrgos y los obispos de Cartagena, Lugo, Salamanca, Tarazona, Pamplona, Jaca y Jaen.

La capilla, dirigida por D. José Luis de Anson, cantó magistralmente la gran misa de Beethoven.

El señor obispo de Sión, R. P. Cardona, pronunció una admirable oración sagrada, demostrando sus altas dotes oratorias.

Se ocupó de la coronación de la Virgen, dedicando frases de elogio á los bascongados por su fe.

Guardaban el orden un piquete de Garellano con las bandas de música, cornetas y tambores, otro piquete de la guardia civil de caballería y secciones de caballería, guardia civil y forales.

La coronación

Terminada la misa, la imagen de la Virgen fué conducida en hombros de los sacerdotes de Begoña y colocada en un altar provisional en el atrio de la iglesia.

Al aparecer la Santísima Virgen, los miles de personas que se hallaban apiñadas en la campa prorrumpieron en vivas y atronadores aplausos.

Lucía la excelsa patrona de Bizcaya el rico manto regalo de la Reina Regente.

Cerca del tablado se colocaron los obispos, la Diputación, el Ayuntamiento de Begoña y demás autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

El señor Obispo de la diócesis, después de una sentida oración sagrada, colocó sobre la cabeza de la Virgen y del Niño Jesús las hermosas coronas, regalo de la señora bilbaina D.^a María Aguirre de García.

Lució entonces el sol, y anunció que se había verificado el grandioso acto de la coronación, el estampido de miles de cohetes, un repique general de campanas y 21 cañonazos que se dispararon para hacer los honores á la Reina del Cielo.

Entonces se repitieron los vivas, las bandas ejecutaron la Marcha Real y las tropas presentaron las armas.

Todos los fieles arrodillados recibieron la bendición de nuestro amado Prelado, quien dió un entusiasta viva á la Virgen de Begoña.

El notario señor Urizar levantó acta de la sublime ceremonia que fué firmada por todas las autoridades que la presenciaron.

Los vitores y aplausos se repitieron cuando la Santísima Virgen fué retirada al templo.

Después de las doce y media se dijo una misa rezada y el templo volvió á llenarse por completo.

El Ayuntamiento de Begoña obsequió con un banquete á los representantes en Córtes, gobernador civil y Diputación provincial, que se celebró en el salón de sesiones.

La procesión

El R. P. Ocerinjáuregui dirigió una plática á los fieles y próximamente á las cuatro se puso en marcha la procesión.

Iba por delante la sección de la guardia civil de caballería y detrás las mujeres formando fila.

Seguían los alumnos del Patronato de obreros en número de unos 1.260, detrás los señores de la junta y la banda de música de aquel Centro de enseñanza.

Asistieron también los individuos de la Sociedad de San Vicente de Paul.

Delante de la sagrada imagen iban los generales Sres. Aguirre-Bengoia y Porras y jefes y oficiales del ejército.

Al salir del templo la Virgen fué vitoreada, y las bandas de música y cornetas ejecutaron la Marcha Real.

El clero de Begoña llevaba la imagen, yendo á los lados distinguidas personas de Bilbao y un piquete de forales dando la guardia de honor.

Seguía el palio y los señores arzobispo de Búrgos, obispos de Tarazona, Sigüenza, Pamplona, Jaen, Jaca, Lugo y Salamanca, cerrando la marcha el de Vitoria, y detrás representaciones de todo el clero, el Ayuntamiento de Begoña, los representantes en Córtes y la Diputación, presidida por el señor gobernador civil, que llevaba á su derecha á los señores Carranza y Lagunilla, delegado de Hacienda. Este representaba en tan solemnes actos al ministro de Hacienda, señor Allende Salazar, por encargo suyo.

El estandarte de la Virgen lo llevó el presidente de la Diputación señor Aresti, y después el señor Arrola, y las borlas los señores Veristain y Cruceño.

Del palacio del señor Abaitua se soltaron algunas palomas y se arrojaron flores al paso de la Virgen.

En la Plaza de la República se unieron á la procesión numerosos fieles, y en el trayecto, en medio del orden más completo, fueron engrosando las filas los feligreses de Begoña y sus cofradías.

En Begoña presenciaron el paso de la procesión más de ocho mil personas.

Al hacerse los primeros disparos de cañón para festejar la salida de la Virgen del templo ocurrieron dos desgracias lamentables, resultando gravemente heridos dos artilleros. La Junta de la Coronación y las autoridades se interesaron vivamente por ambos, proponiéndose auxiliarles espléndidamente á ellos ó á sus familias en caso de fallecimiento.

Los arcos

Cerca del convento de Santa Mónica, en la carretera de Zabalbide, por donde pasó la procesión, se había colocado un arco tan sencillo como original.

Representa los palos y el puente de un bergantín, con todos los atributos de la marinería, habiéndose colocado en el puente unos salvavidas, con inscripciones que perpetúan salvamentos de buques.

Del arco es autor el señor Dapausa, quien en la construcción de aquel ha demostrado su buen gusto artístico.

En la plazuela de los Santos Juanes, á la terminación de Zabalbide, se había colocado otro arco, representando la entrada de una fortaleza. Era también muy original y bonito.

A la salida del puente de Achuri, en la parte de Bilbao la Vieja, se había levantado otro arco de follaje, gallardetes y banderas con la inscripción «Madre, tus hijos que habitan el Bilbao antiguo, te saludan. Jamás olvidarán las huellas de gracia que dejas á tu paso».

En Bilbao la Vieja se hallaba colocado otro arco de follaje.

En San Francisco se levantó uno con follaje, gallardetes, banderolas y flores, en el que se leía: «El barrio de San Francisco á la Madre de Dios de Begoña».

En el Boulevard se colocó otro que, sin duda alguna, era el más precioso de cuantos se habían levantado en todo el trayecto que recorrió la procesión.

Y, por último, en la calle del Víctor se construyó un bonito arco de follaje, en el que, con luces eléctricas, se había colocado una inscripción que decía: «Ave María».

Los altares colocados en Begoña, Zabalbide, entrada del puente de San Antón, San Francisco (en la fachada del convento del Sagrado Corazón de María), y Zabálburu, fueron adornados con mucho gusto, formando juego los colores blanco y azul con el follaje.

También en la calle del Víctor se colocó un pequeño altar, muy engalanado y adornado con exquisito gusto.

La carrera

Todas las calles del tránsito se hallaban engalanadas. En todas las

calles no había un balcón que no ostentase colgadura y bandera, y sobre varias de las colgaduras aparecían imágenes de la Virgen de Be-goña.

Iban en la procesión 37 estandartes, algunos de ellos lujosísimos, con inscripciones, pertenecientes á asociaciones de Bilbao y de algunos pueblos de la provincia. Intercalados iban los sacerdotes de las parroquias con cruz alzada; un coro de niñas educandas del convento de monjas de la Cruz, situado en la calle de la Ronda, y la banda de música de Erandio. Presidía la junta de señoras de la peregrinación, yendo al frente el presidente señor Gogeoascoechea.

Después seguían, también en filas, buen número de personas, entre ellas los marinos de Ondarroa, Lequeitio y otros puertos bizcainos, presididos por los patronos, cantando en bascuence la marcha de San Ignacio y otros himnos; entre filas iban las bandas de música de Santa Cecilia y Baracaldo; seguían las personas pertenecientes al Patronato de obreros con 90 banderitas numeradas, con la matrícula de Bilbao, que representaban otros tantos partidos, y la banda del Patronato, que tocó por vez primera, la presidían los señores de la Junta del Patronato; también iban los congregantes de San Luis; presididos por los concilia-rios y otras asociaciones de carácter religioso, llevando entre todas diez y siete estandartes.

Cuando llegaba la Virgen á Bilbao la Vieja comenzó á llover, pero la lluvia solo duró algunos minutos, sin que la procesión se alterase.

Un amigo nuestro tuvo la curiosidad de contar el número de personas que pasaron por delante de él y resultó por minuto en las dos filas el de setenta y cinco por término medio, y como el desfile duró hora y cuarto, calculaba que la asistencia no bajaría de seis mil personas.

Claro es que habría que descontar algunos claros y las paradas, pero en cambio habría que aumentar algunos grupos muy apiñados.

En todo el trayecto fué muy vitoreada la Virgen, y al pasar por debajo de los arcos levantados la arrojaban palomas.

Desde la entrada de la calle del Correo hasta que llegó la Virgen á la puerta de Santiago no cesaron los aplausos y los vivas. Entre estos hubo algunos á los concejales católicos de Bilbao y muchos á la Diputación de Bizcaya. También hubo algún ¡fuera! contra los concejales que votaron por que el Ayuntamiento de Bilbao no acudiera en corporación á aquel acto.

Desde que comenzó á anochecer se encendieron las iluminaciones de las casas y presentó la carrera un aspecto brillantísimo por el gran número de velas encendidas que llevaban los fieles.

Cuando llegó la procesión al arco levantado en la calle del Víctor, hubo de detenerse un momento, porque no habían terminado los trabajos.

En el Arenal la multitud era inmensa. Numerosas personas se hallaban subidas á los bancos y sillas del paseo, otras de pié, estrujándose, oprimiéndose, pero sin que hubiera el menor conato de alboroto.

En Santiago

Al llegar á la plazuela de Santiago, los asistentes á la procesión entraban en la iglesia formando dos filas, por la puerta principal, saliendo por las del pórtico y calle del Correo.

En varias casas de Bidebarrieta se encendieron luces de bengala, á cuyo resplandor brillaban profusamente las piedras preciosas engarzadas en la corona de la Virgen.

Cuando la imagen llegó á la plazuela de Santiago, el espectáculo que se ofrecía era indescriptible.

Las músicas rompieron á tocar la Marcha Real, cuyos acordes se confundían con el sonido de las campanas; la gente, poseída de entusiasmo delirante, aplaudía frenéticamente y vitoreaba á la Virgen; de los balcones agitaban en el aire los pañuelos, hombres y mujeres, enternecidos, lloraban á lágrima viva, y, llenos de emoción, apenas acertaban á pronunciar el «Ave María», arrodillándose para recibir las bendiciones de los Prelados. En todos los rostros resplandecía una felicidad intensa, muestra inequívoca de los purísimos sentimientos que todos sentían agitarse en su corazón.

La Virgen penetró en la iglesia. A la izquierda del altar mayor, apoyado en una columna, se había construido un precioso altar, donde se colocó la imagen

A continuación la capilla, compuesta de numerosos profesores y aficionados, cantó una solemne Salve, retirándose acto seguido el clero y todo el acompañamiento.

Al salir de la basílica de Santiago la Diputación provincial, en Corporación, fué aclamada y aplaudida por el numeroso público que todavía se hallaba en la plazuela.

Después fué permitida la entrada en la iglesia al público, que acudió en compactos grupos para rezar á los piés de la Virgen.

Las puertas del templo permanecieron abiertas durante toda la noche, habiendo acudido muchísima gente hasta la una. Desde esa hora comenzó á decaer la animación, hasta las tres de la madrugada, en que empezó de nuevo la afluencia de gente. En el transcurso de la noche se ha rezado el rosario con gran devoción.

Día 9

Desde las primera horas de la madrugada comenzaron á acudir numerosos fieles a la basílica de Santiago para oír misa, postrados ante la imágen de la Virgen de Begoña.

A las diez comenzó la misa mayor, hallándose el templo completamente lleno.

A causa del calor que hacía se sintieron indispuestas algunas señoras y hubo necesidad de sacarlas á la calle.

Antes de comenzar la ceremonia llegó la Excm. Diputación en corporación, precedida de maceros y timbales.

Asistieron los mismos señores que ayer fueron á Begoña, presididos por el señor gobernador civil, que iba de gran uniforme.

En la plazuela de Santiago había formada una sección de infantería, otra de la guardia civil de caballería, otra del mismo cuerpo de á pié y una de forales con sus jefes y oficiales.

Alrededor de las fuerzas se aglomeraba un público inmenso.

Ofició de pontifical el señor obispo de Sigüenza, ayudado de todos los párrocos de Bilbao.

La capilla, admirablemente dirigida por el ilustrado maestro don Aureliano del Valle, interpretó superiormente la gran misa á voces solas de Perossi.

El credo y el motete que se cantaron (éste en el ofertorio) fueron del señor director del Orfeón bilbaino.

Ocupó la sagrada cátedra el obispo de Pamplona.

En elocuentísimos párrafos desarrolló el tema del sermón, que fué relativo á la significación de la coronación de la Virgen de Begoña en el cielo y en la tierra.

Manifestó en síntesis, que Bizcaya debía considerar como su reina á la Virgen de Begoña y por lo tanto era menester que se le guardaran los respetos y consideraciones que los vasallos deben á sus reyes.

Además de la Diputación, asistieron, sentándose en el presbiterio, los señores Arzobispo de Búrgos y Obispos de Vitoria, Cartagena, Jaca y Sión.

Detrás y paralelamente se colocaron los generales Aguirre-Bengoia y Porras, de media gala; la Excm. Diputación provincial, el senador señor Landecho, los diputados á Córtes señores marqués de Casa Torre, D. Tomás y D. Plácido Allende, D. Gabriel Vilallonga, el alcalde de Bilbao señor Celada, los tenientes de alcalde señores Urigüen y Guardamino, los concejales señores Pelaez, Arana, Echevarría (D. A.), Azao-la y Arluciaga, y todos los jefes y oficiales de la guarnición francos de servicio.

El alcalde de Begoña señor Orúe y varios concejales de aquella anteiglesia, ocuparon lugar preeminente entre los invitados.

También asistió confundido entre los asistentes al acto, el respetable senador vitalicio D. Martín Zabala.

La función religiosa terminó á las doce.

Cuando la Diputación salía de la iglesia, un señor sacerdote dió un viva á aquella, el cual fué coreado unánimemente.

La procesión

A las tres y media de la tarde comenzó el desfile de la procesión, que partió de la Plazuela de Santiago con un repique general y prolongado de campanas.

Abría la marcha una sección de la guardia civil montada, seguían las mujeres y á continuación los niños asilados en la Casa de Misericordia.

Detrás iban los congregantes de San Luis Gonzaga, presididos por el Reverendo Padre Zugasti, continuando luego los alumnos del Patronato de obreros, las sociedades de San Vicente de Paul, pertenecientes á aquel, y la Junta del mismo.

Asistieron como el día anterior, los marineros de la costa cantábrica y gran número de personas particulares.

En la procesión fueron llevados muchos estandartes.

Delante de la imágen de la Virgen iba un nutrido coro de niños y hombres, dirigidos por el presbítero D. Resurrección María de Azkue.

A continuación seguía la Comisión de Señoras y Junta de la Coronación que precedía el clero parroquial en el que iban confundidos los Padres Pasionistas, Capuchinos, Carmelitas y misioneros del Corazón de María.

Continuaban los jefes y oficiales del ejército precedidos por el gobernador militar señor Aguirre-Bengoá, á cuya derecha é izquierda, respectivamente, iban el general Porras y el comandante de Marina don Víctor Concas.

Detrás caminaban las personas particulares, entre las que vimos á los señores Zabala (D. Martín), Lizana, Landecho, Allende (D. Tomás y D. Plácido) y Vilallonga.

Seguían los señores concejales de Bilbao en número de ocho.

A continuación la imagen de Nuestra Señora, llevada en andas por señores sacerdotes.

Seguía el palio, y detrás los señores arzobispo de Búrgos y obispos de Tarazona, Sigüenza, Pamplona, Jaen, Lugo, Sión, Salamanca y Victoria.

Continuaba la Excm. Diputación provincial de Bizcaya en corporación, presidida por el señor gobernador civil, á cuya derecha é izquierda, respectivamente, iban los señores Aresti, presidente de aquella, y Alonso de Celada, alcalde de la invicta villa.

El señor Fernandez Lagunilla, que representaba al ministro de Hacienda, no pudo asistir á las ceremonias de mañana y tarde, debido á una repentina indisposición.

Cerraba la marcha un piquete del regimiento de Carellano con las bandas de música, cornetas y tambores, y una sección del escuadrón de caballería destacado en la plaza.

En toda la carrera se dieron muchos vivas á la Virgen y á la Diputación de Bizcaya.

En el Portal de Zamudio, Arenal, Ribera y otros puntos se arrojaron palomas al paso de la Virgen.

En el jardín del asilo de niñas huérfanas, costeado por doña Rafaela Ibarra, y situado en la cuesta de Zabalbide, se había construido un precioso altar, donde fué colocada la Virgen, cantándose varios motetes.

En el punto donde comienza la jurisdicción de Begonia se incorporó á la comitiva el Ayuntamiento de dicha anteiglesia.

En Begoña

Al entrar en la jurisdicción de Begoña, la procesión fué recibida con repique de campanas y el disparo de infinidad de cohetes.

La caballería, que abría la marcha, llegó al Santuario á cosa de las cinco de la tarde.

Miles de personas que presenciaban la procesión en la Plaza de la República recibieron á los fieles con atronadores aplausos, dando vivas á la Virgen y á Bizcaya.

Todos, como estaba ordenado, penetraron en la iglesia por la puerta del pórtico y salieron por la principal, sin detenerse.

Iban cantando unos el rosario y otros la salve.

Primero iban los feligreses de la parroquia de San Vicente Mártir y seguían los fieles de todas las parroquias, y después los marineros de Ondárroa. Al aparecer éstos, el público les dispensó una cariñosa ovación vitoreándoles y sobre todo á la Virgen de Begoña, á Bizcaya y á Ondárroa.

Los marineros, cantando «Agur María», en bascuence, penetraron en el templo y se colocaron en el coro, donde acompañados del órgano recibían á todos los fieles entonando tan sencilla y hermosa composición.

La cofradía de San José penetró en la iglesia cantando la salve. Un coro de niñas cantó también la misma oración.

En la procesión iban varias bandas de música.

Los alumnos del Patronato llevaban la suya, y al penetrar en el sagrado lugar cantaron la salve.

Todos los fieles, bien ordenados, se colocaron en la campa, por donde era imposible dar un paso. Habría unas siete mil personas, sin contar con las que se apiñaban cerca de los fieles, para tomar parte en el regocijo popular.

Al aparecer la Virgen en la campa, el entusiasmo fué delirante entre los fieles. Todos la aplaudían y la vitoreaban.

Fué colocada la imagen de María Santísima en el atrio, dando vista al público. Las bandas ejecutaron la marcha real.

Los fieles cantaron la salve y la Virgen fué trasladada al presbiterio. Al entrar en el templo los ondarreses cantaron el «Agur María».

En el presbiterio tomaron asiento todos los obispos que habían

concurrido á la procesión y el de Jaca que no concurrió á ella, y todas las autoridades.

Fuera del templo el R. P. Baertel dirigió la palabra con mucha elocuencia á los fieles, y después de darles las gracias por su asistencia á los grandiosos actos que se acababan de celebrar, tuvo palabras de elogio para la Diputación provincial de Bizcaya y para todas las autoridades por sus acertadas disposiciones para garantir el orden.

Tuvo también frases de elogio para el coronel del regimiento de Garellano por haber puesto en libertad á un preso que se hallaba á su disposición, en el momento que pasaba por delante del cuartel la Santísima Virgen.

Terminó la oración sagrada dando vivas á la Virgen y á Bizcaya que la concurrencia contestó con verdadero entusiasmo.

Después se retiraron los fieles.

En el templo predicó el F. P. Zubiaga, y en periodos brillantísimos elogió la fe que existe en Bizcaya. Elogió á la junta de señoras, á la de caballeros, al señor gobernador civil, á los prelados, á la Diputación, al Ayuntamiento de Begoña y á todos los fieles que con su fe han hecho que los actos religiosos para coronar á la Reina de Bizcaya, fuesen grandiosos.

Después de una hermosa plegaria dió un viva á cada una de las autoridades que había elogiado, á la Virgen de Begoña y á Bizcaya, y los fieles contestaron con gran entusiasmo.

Se cantó la Salve popular, se repitieron los vivas, y los ondarreses cantaron el «Agur María», quedando terminadas las grandiosas fiestas en honor de nuestra excelsa patrona á las ocho de la noche.

El Santuario fué muy visitado después.

El Ayuntamiento de Begoña y la Diputación en corporación se pusieron en marcha por las Calzadas, siendo aclamados en el tránsito.

El Ayuntamiento, al llegar á la terminación de su jurisdicción, se despidió de la Diputación y del señor gobernador civil que la presidía.

Fué muy afectuosa la despedida.

Numeroso público que siguió á la Corporación Provincial hasta su antigua casa de la Plaza Nueva, seguía vitoreándola.

El gentío que presenciaba el paso de los diputados tuvo también vivas y aplausos para todos, incluso para el señor gobernador civil.

El párroco de Begoña, don Juan Cruz de Unceta, expresó en una hoja que se repartió al público, toda su gratitud hácia todos cuantos han contribuido á esta nunca vista solemnidad.

Dió las gracias á los preladados, oradores sagrados: al clero todo de Bizcaya, á las beneméritas órdenes religiosas, á las autoridades superiores, civiles y militares, á la Diputación de Bizcaya, al Ayuntamiento de Begoña, á las juntas organizadoras y á todos los peregrinos y fieles que han contribuido á festejar á la Madre de Dios de Begoña.

Un detalle: varias palomas de las que se arrojaron al paso de la Virgen se refugiaron en la peana de la venerada imagen.

Al ruido de los vivas saltaban revoloteando y volvían á posarse al mismo sitio, entrando con la Virgen en el templo.

El espectáculo era encantador.

Noticias bibliográficas y literarias



«TIPOS DEL NATURAL»

Este es el título de un libro que ha publicado en Buenos Aires el distinguido escritor D. Félix Ortiz y San Pelayo, con cuyo nombre antes de ahora hemos honrado estas páginas, haciendo especial mención de sus brillantes producciones.

Dotado de excelentes cualidades, perfección en el estilo y abundancia de imágenes, ha sabido hermanar los pensamientos que afluyen á su imaginación con la realidad de sus descripciones, dándolas, por consiguiente, el colorido necesario para vivificar el ambiente de sus cuadros.

No hay más que leer el índice de estas curiosas páginas, las que, comenzando por el Pastor de Elosua, deleitan más cuanto más se saborea su lectura.

Las escenas que promueve, admirablemente descritas, serían títulos más que suficientes para alcanzar la palma que